

La Vocación Universitaria

Las siguientes consideraciones surgen a raíz de las palabras pronunciadas por el Dr. Tomás Casares, cuyo comentario leemos en el editorial de este número.

El Dr. Casares afirmó que, para que la Universidad sea lo que debe ser, es necesario que el estudiante tenga vocación de tal y en el caso contrario, es decir, si no la posee, que abandonase los claustros, y así contribuirá a la realización de ese ideal en el que están empeñadas las nuevas autoridades.

El hombre en cuanto racional obra por fines. Su trabajo vale en proporción a la claridad de la conciencia de esos fines, a la firmeza y constancia con que se mantiene ante su perspectiva y a la jerarquía de los mismos. La causalidad final marca la calidad de su trabajo. El fin se ve con la inteligencia y se apetece con la voluntad. Es un llamado a la voluntad porque es una atracción y un movimiento. Cuando el fin es de alta jerarquía y capaz de atraer toda la actividad con carácter permanente, ese llamado es una VOCACION.

Colocarse en las circunstancias de satisfacer una vocación y realizar el trabajo correspondiente —sin vocación— es dejar de obrar según la diferencia específica de racionalidad. Sin vocación significa no haber experimentado el llamado o si alguna vez experimentado, no ilumina ya más la inteligencia ni mueve ya más la voluntad.

La inteligencia vive de asimilación del ser. La voluntad vive de apetencia del ser. La sabiduría es esa vida intelectual-volitiva vivida con intensidad hasta conseguir el gozo específico del hombre que es "audium de veritate". El conocer y el amar llegan hasta las reconditeces del ser en su fecundidad de belleza, de bien y de verdad. El ser penetra por la inteligencia y provoca el deseo de su total intelección. Es el llamado del ser en su plenitud analógica al hombre cuyo fin último es responderle hasta saciarse del ser en su Analogado Primario, Sumo Inteligible y Sumo Bien.

La vida universitaria se define por esa vocación a la sabiduría. La sabiduría es la causa final de toda la actividad del universitario en cuanto tal. Lo demás solo tiene razón de causas eficientes y de medios.

Experimentar alguna vez esa vocación, es fácil. Alimentarla siempre, es difícil. Se necesita carácter. Los mediocres no pueden. Apliquemos las consideraciones precedentes a lo concreto de la vida universitaria nuestra.

La sabiduría no se adquiere con su sola apetencia. Es menester trabajar mucho en diversas circunstancias y con diversos actos. Me refiero especialmente a profesores, programas de estudios, exámenes, título académico. Pero no olvidemos nunca que si bien "lo que es primero en intención, es último en ejecución", la intención debe permanecer siempre ordenada a lo primero.

La disposición de amor a la sabiduría es el principio formal de la vida universitaria. Por eso, el Dr. Casares insistió en la necesidad de vivificar la vida universitaria, pues en el ser la forma es vida.

La gran dificultad es una gran tentación de *invertir el orden de los valores* y prácticamente convertir los medios en fines. Las exigencias del momento apremian al estudiante y éste pierde poco a poco su equilibrio interior y ordena su actividad intelectual hacia las ventajas secundarias de su carrera. Termina por estudiar para aprobar exámenes. Y éste es el fracaso de su vocación. Fracasar en la vocación es desfraudar a Dios y a la sociedad. En la vida del universitario como en toda vida cristiana se realiza hasta el último ápice la frase del Divino Maestro: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura". Lo cual significa en este caso: "Buscar primero la sabiduría y lo demás se os dará por añadidura" (1).

En cada momento que el estudiante aplica sus facultades al estudio ha de hacerlo vitalmente ordenado a su verdadero fin. Es así que glorifica a Dios porque es así que realiza su verdad de universitario. Así logra la perfección de la ciencia y sirve al bien común de la sociedad.

Es un ideal. Su consecución exige sacrificio de negarse y de contemplación. Vivirlo es heroísmo.

(1) Entendido en su debida subordinación al último fin del cristiano.

María Leonor Lorenzo Imas.

UNA ACTITUD DIGNA

A los Sres. Profesores: David O. Croce y Francisco Novoa

Las dificultades de un examen escrito han puesto a prueba casi más que a los alumnos a los mismos profesores.

En otras oportunidades hemos insistido sobre el verdadero sentido que debe tener la cátedra universitaria.

Elocuentes serían citas desde nuestra aparición, allá a principios del año 41. Pero conformémonos con una más reciente.

"Maestro, no es sólo el que sabe mucho. Sobran los eruditos, los títulos agobiadores, los antecedentes de estudio. Sobran los especialistas, los que saben mucho de una cosa pero no saben nada más que eso. No con falso intelectualismo se salvará la Patria, sí con el estudio y el sacrificio vitalizados ambos por una comprensión ancha y firme". (1)

No podíamos pasar por alto la actitud del Dr. Croce y del Dr. Novoa las

jóvenes que trabajamos en AMICITIA.

A esa generosidad comprensiva, amplia y eficaz, de nuestros profesores, hemos querido referirnos, constituyéndonos así intérpretes del sentir de nuestras compañeras de tercer año.

A esa comprensión demostrada con la ayuda intensa y el trabajo abnegado (no podemos calificarlo en otra forma) de tantas clases dictadas hasta hace muy pocos días, quisimos corresponder manifestando nuestra gratitud.

Y no podemos negarlo. Estas líneas nos proporcionan una gran alegría interior. El gozo de un sentir expresado... Y la inmensa satisfacción de constatar en la realidad lo que tantas veces fué materia de prédica.

(1) FALTAN MAESTROS — Editorial del N.º 16 — Agosto de 1943.